

# España y Cataluña: ¿amigos para siempre?



Francisco Fuster

*Compañeros de viaje: Madrid – Barcelona, 1930*

Xavier Pericay

Barcelona, Ediciones del Viento, 2013, 400 pp.

En el capítulo introductorio de su último libro, *Burguesos imperfectes*<sup>1</sup>, Jordi Gracia emplea la fórmula «tradición desprotegida» para referirse a la herencia de dos lenguas literarias –catalán y castellano– que, al decir suyo, han convivido sin problemas en el campo cultural catalán durante el período contemporáneo. En el caso del citado ensayo, la defensa de ese pasado tiene como objetivo fundamental rebatir la enrocada postura de quienes creen que la literatura catalana es una especie autóctona y libre de mestizajes: una criatura que nació ya impermeable y se ha desarrollado sin ningún tipo de influencia externa procedente del otro lado del Ebro.

Que las culturas catalana y castellana (o española de fuera de Cataluña,

como se prefiera) han mantenido un diálogo ininterrumpido durante décadas es tan cierto como que ese diálogo no ha sido siempre amistoso o fluido. De hecho, y como sucede en toda relación cuya existencia requiere salvar muchas distancias (no solo geográficas), en la historia del binomio Cataluña-España (y me refiero sobre todo a la vertiente cultural, no –o no tanto– a la política) hay un constante «tira y afloja»: una alternancia entre períodos de distanciamiento o recelo, y etapas de acercamiento y cordialidad en las que el sentido común parecen imperar sobre el resto.

Lo que reconstruye el filólogo y escritor Xavier Pericay (Barcelona, 1956) en su último libro es precisamente uno de estos episodios de comprensión

mutua entre ambas partes, no sé si el más sincero de ellos pero, sin duda, sí el más significativo de todos cuantos se han dado en esta historia de amor y desamor recíprocos. *Compañeros de viaje: Madrid - Barcelona, 1930* es una minuciosa y documentadísima crónica de las circunstancias que hicieron posible el homenaje en honor de los intelectuales castellanos celebrado los días 23 y 24 de marzo de 1930 en Barcelona y organizado por la intelectualidad catalana en respuesta a la solidaridad demostrada por sus homólogos de Madrid seis años antes, cuando estos redactaron y firmaron un manifiesto contrario a la prohibición de la enseñanza y el uso público del catalán decretada por Primo de Rivera.

Y es que, como pone de manifiesto Pericay en su investigación, lo que se vivió durante ese fin de semana largo en la ciudad condal no fue una fiesta cualquiera. Ni por el trascendente momento histórico en el que acontecieron los hechos, recién liquidada la dictadura primorriverista y en el pleno proceso de formación de un nuevo gobierno en el que, se suponía, iba a tener su sitio Francesc Cambó, patrocinador y artífice en la sombra del homenaje (al final no pudo estar –ni el gobierno ni en el homenaje– por motivos de salud), ni por el noble ideal que convocaba a los presentes: ni más ni menos que el reconocimiento por parte del resto de España –simbólicamente encarnada en una cincuentena de nombres representativos– de la personalidad de Cataluña como un territorio con una identidad cultural y una lengua propias, al mismo nivel que las castellanas. Y eso

por no hablar de la lista de invitados ilustres que acudieron a la llamada del mallorquín Joan Esterlich, mano derecha de Cambó y autor intelectual del proyecto, que se encargó de organizar el encuentro y consiguió que entre quienes viajaron de Madrid a Barcelona figurase la *crème de la crème* de la intelectualidad española del momento: Ramón Menéndez Pidal, José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Manuel Azaña, Ramón Pérez de Ayala, Fernando Giner de los Ríos, Ángel Ossorio y Gallardo, Américo Castro, Ramón Gómez de la Serna y una larga lista de prohombres (escritores, periodistas, profesores universitarios, etc.) que no quisieron faltar a la cita histórica.

Pero, como cabría imaginar, la celebración de ese multitudinario homenaje en el que, por no faltar, no faltó nada (banquete en el Hotel Ritz, recepciones oficiales por parte de las autoridades, concierto del Orfeón Catalán y excursión al Cau Ferrat de Sitges), no fue una iniciativa espontánea nacida en un raptó de inspiración. En verdad, y como ya he adelantado, el sentido primero y último de tan generosa muestra de agradecimiento era responder a lo que se había hecho desde Madrid durante los años precedentes. Y lo que se había hecho –que no era poco– antes de marzo del 1930 es lo que nos explica el autor en un extenso y atípico prólogo de más de cien páginas, cuya lectura resulta imprescindible para situarnos en el contexto. Un prólogo que empieza *in media res*, con una carta de febrero de 1930 dirigida por Esterlich a Pedro Sainz Rodríguez (otro de los invitados), en la

que el primero le comenta al segundo que quiere reunirse con él porque tiene pensado organizar algo «sonado», en alusión a ese futuro homenaje que por entonces solo es una ilusión, una idea vaga todavía por concretar. Tirando de este hilo y remontándose hacia atrás en el tiempo, Pericay enumera y estudia los precedentes de este diálogo entre la intelectualidad castellana y la catalana durante la década anterior, poniendo un especial énfasis en los intentos de tender puentes llevados a cabo por esos «compañeros de viaje» que años después iban a coincidir en aquella parada final del trayecto. Y como se deduce de la rigurosa investigación realizada por el columnista del diario *ABC*, en este capítulo de los precedentes jugaron un papel destacado los nombres propios de Ernesto Giménez Caballero (*Gecé* para los amigos) y el ya citado Sainz Rodríguez, quienes desde sus cargos como director de la *Gaceta Literaria* y director literario de la CIAP (Compañía Ibero-Americana de Publicaciones), respectivamente, trataron de favorecer la difusión en el resto de España de la literatura y la cultura catalanas.

Repasados los antecedentes y situados ya en marzo de 1930, empieza la parte central del ensayo con una narración pormenorizada del día a día –por no decir del minuto a minuto– del homenaje, no solo en lo que este dio de sí durante los dos días de celebración propiamente dicha, sino también en la descripción del enorme esfuerzo humano y material que implicó la preparación del evento durante los días previos al 23, y en las reacciones que suscitaron

los fastos entre quienes tuvieron la ocasión de vivirlos en primera persona. Un total de siete días en los que, en contra de lo que el lector ingenuo podría imaginar, pasaron tantas cosas y tan distintas que, de no mediar quien pusiera orden en lo que es un maremágnum de datos, lo más fácil hubiera sido perderse en una maraña de cartas y telegramas que iban y venían de un lado a otro. Porque lo que Pericay ha tenido entre manos son materiales muy dispares en su naturaleza y, en algunos casos, tremendamente sensibles y llenos de vacíos de información nada fáciles de interpretar. Un abanico de recursos riquísimo que van desde el archivo personal de Joan Esterlich (guardado en la Biblioteca de Cataluña y todavía en proceso de catalogación), hasta los testimonios autobiográficos de los mismos intelectuales o la bibliografía secundaria –biografías, monografías, ensayos– más reciente y actualizada, pasando por la copiosa documentación obtenida en la prensa de la época, de la que el autor logra extraer todo su jugo, como era de prever tratándose de un especialista en la materia como lo es Pericay.

A mi juicio, es justamente aquí, en la titánica labor de reconstrucción documental de las opiniones y los testimonios de los protagonistas, donde se aprecia el auténtico valor de los hechos narrados y el verdadero alcance de un ensayo soberbio, impecable en el contenido y exquisito en la forma. Impecable en su contenido porque el volumen y la complejidad de las fuentes empleadas por el autor no merecen otro calificativo; exquisito en su forma

por la maestría narrativa con la que se nos cuenta una historia que atrapa desde el principio, como esos relatos de viaje en los que el lector desea avanzar para saber cómo y dónde termina la aventura. Un diario de a bordo en cuyo atractivo y ágil estilo –amenizado con la ironía y el humor habituales en Pericay– creo entrever la influencia del mejor Pla, a quien no en vano nuestro autor ha editado y estudiado en profundidad.

La obra se cierra con un breve epílogo en el que se cede la voz –como en el resto del libro– a los propios protagonistas para que sean ellos quienes ofrezcan sus conclusiones sobre el inusual homenaje al que asistieron y sobre sus posibles consecuencias. Y aunque, como muy bien refleja Pericay, hay opiniones para todos los gustos, los análisis coinciden en señalar que, más allá de esa hermandad cultural tan pomposamente escenificada, lo que sobrevoló Barcelona durante aquellos días de vino y rosas fue mucho más que eso. Y es que *Compañeros de viaje* es la crónica de un encuentro entre inte-

lectuales amigos pero es también, y al mismo tiempo, la historia del esfuerzo colectivo de quienes, en un período de incertidumbre como el que atravesaba el país, con el debate posterior a la dictadura entre Monarquía y República más vivo que nunca, trataron de encontrar una solución al siempre vigente «problema catalán» por la vía del diálogo y la comprensión, de la empatía. Con la ventaja que otorga el hecho de saber lo que sucedió seis años después de aquello, resulta fácil decir que aquellos intelectuales fracasaron en su misión de favorecer la concordia y que los discursos llenos de esperanza y de ilusión pronunciados la noche del 23 de marzo de 1930 en el Salón Imperial del Ritz quedaron en eso, en palabras que se llevó el viento. Es una forma de verlo, sí. Pero también hay otras.

## NOTAS

1. Francisco Fuster, «El discret encant de la disidència (burguesa)», *L'Espill*, 42, 2013, pp. 176-178.